

CAPITULO III.

LA INVASION.

§ I.— Los Bárbaros dueños del Imperio.

N.º 1.— *Los Bárbaros llamados por los Romanos.*

Conocido es el sistema del abate *Dubos* (1) respecto del origen de la monarquía francesa. Segun el ingenioso pero paradójico historiador, la conquista de las Galias es una ilusion histórica: los Francos se establecieron en el imperio como aliados, no como enemigos de los Romanos; sus reyes recibieron de los emperadores las dignidades que conferian el gobierno de las provincias, y entraron en posesion de los derechos de Roma por medio de un tratado formal. Montesquieu refutó fácilmente esta novela (2): « Los Francos, que causaron á los Romanos, y recibieron de ellos, males grandísimos, ¿eran sus mejores amigos? ¿Eran buenos amigos de los Romanos los que, despues de haberlos sujetado por medio de las armas, los oprimian á sangre fria por medio de sus leyes? Eran amigos de Roma, como los Tártaros, que conquistaron la China, eran amigos de los Chinos, » Hay, sin embargo, algo de verdad en la paradoja que tanto se ha criticado al abate *Dubos*, y es que los Bárbaros han sido llamados por los Romanos. Nada

(1) DUBOS, *Historia crítica del establecimiento de la monarquía francesa en las Galias.*

(2) Así es como MABLY califica la paradoja de DUBOS (*Observaciones acerca de la Historia de Francia*, t. I, p. 116).

prueba mejor cuán necesaria era aquella inmensa revolucion. Aun hoy se encuentran escritores que deploran la ruina de Roma, como el mayor de los males que han caído sobre la humanidad; que echan de ménos la civilizacion romana destruida por los pueblos semisalvajes; que maldicen la anarquía y la decadencia intelectual que siguieron al establecimiento de los Bárbaros. Hagámosles ver que bajo aquella espléndida civilizacion el mundo romano agonizaba; que para conservar un resto de vida se vió precisado á llamar á los Bárbaros en su auxilio; hagámosles ver que no invadieron los Bárbaros el Imperio, sino que los Romanos se lo entregaron.

Se considera generalmente la invasion de los Bárbaros como una inmigracion imprevista, súbita, de las poblaciones del Norte de Europa y del Asia; pero mucho tiempo ántes del gran movimiento de los pueblos que precipitó la caída del Imperio en el siglo v, los Bárbaros reinaban ya en el mundo romano. Un poeta galo vió á Roma despues del saqueo de Alarico: « Nada ha cambiado, dice Rutilio; Roma era ya presa de los guerreros vestidos con pieles; estaba encadenada ántes de ser cautiva » (1). ¿Quién ha abierto la Ciudad Eterna á los Bárbaros? Los Romanos mismos. La antigüedad llevaba en sí misma el gérmen de una muerte inevitable. La Grecia estaba en plena decadencia cuando fué conquistada por las legiones romanas. Apénas ha terminado Roma la conquista del mundo, cuando empieza su ruina; se siente morir, y á medida que decae va buscando entre los Bárbaros un nuevo elemento de vida. La poblacion disminuye; Roma se ve obligada á reclutar sus legiones entre los Bárbaros. El campo carece de labradores; hay que llamar á los Bárbaros para que cultiven los desiertos del Imperio. Bien pronto son admitidas tribus enteras en el territorio romano; los destructores del Imperio se establecen en el Imperio. Los Bárbaros están al servicio de los principes, cuyo lugar van á ocupar; ellos hacen y deshacen los emperadores; los hombres mismos que defienden el trono de los Césares proceden del Norte. Así, pues, los Bárbaros forman las legiones, ocupan el suelo, disponen del Imperio; para completar la ruina

(1) RUTIL. NUMANT., *Itinerar.*

será suficiente un choque. La invasión del siglo v no hace más que precipitar los acontecimientos.

N.º 2.—*Los Bárbaros en los ejércitos del Imperio. Los Lati.*

Tácito dice que los Germanos preferían los combates al trabajo. Imbuido en el patriotismo mezquino de la antigüedad, el gran historiador manifiesta su alegría al ver las guerras en que se des- trozaban los Germanos; ve la salvación de Roma en las discordias de sus enemigos (1). Los deseos de Tácito no se realizaron; los Romanos mismos fueron á buscar á los Germanos en sus bosques; se aprovecharon del espíritu aventurero que impulsaba á la juven- tud bárbara á alistarse bajo banderas extranjeras. César admiró su valor; formó cohortes escogidas con aquellos formidables guer- reros que espantaban á los Romanos y á los Galos. Después de haber conquistado las Galias se sirvió de ellos en las guerras ci- viles. En la derrota de Dyrrachium los Germanos se habían em- briagado, pero se cubrieron de gloria en Farsalia; la suerte de la república fué decidida por los Bárbaros.

Los Germanos continuaron desde entónces á sueldo del Impe- rio; á medida que los Romanos abandonaban las legiones, aumen- taba el número de los auxiliares bárbaros. En el siglo III su ser- vicio tomó una forma regular; figuran en las leyes y en los his- toriadores bajo el nombre de *Lati*, *Letes* (2). Cuerpos enteros de Germanos se establecieron en el territorio del Imperio; recibían tierras á condición de servir en los ejércitos romanos. Las leyes de los emperadores hablan de que los Germanos se apresuraban á participar de la *felicidad romana* (3): á juzgar por el considera-

(1) TACIT., *German.*, c. 14, 33.

(2) GIRAUD, *Historia del derecho frances en la Edad Media*, t. 1, p. 184 y sig. — GUERAUD, *Política de Irminon*, t. 1, p. 250 y sig.

(3) L. 9. COD. THEOD., XIII, 2: «*Quoniam ex multis gentibus sequentes roma- nam felicitatem, se ad nostrum imperium contulerunt.*»—De este movimiento hace derivar el abate LUBOS el nombre de *laetus*, contento (*Hist. de la Mon. fr.*, t. 1, p. 143). Más probable es que *laetus* sea una forma latina de la palabra germánica *laete* ó *lyt*, que indica una clase de hombres sometidos á determina- dos deberes.

ble número de sus establecimientos en una sola provincia, más necesidad tenía Roma de los Bárbaros que los Bárbaros de Roma: la *Noticia de las dignidades del Imperio* enumera doce campamen- tos de Letes en las Galias. Estas colonias militares tomaron un incremento tan considerable que llegaron á formar pueblos; los *Borgoñones* eran *Letes*.

N.º 3.—*Los Bárbaros colonos.*

Las legiones estaban vacías; hubo que llamar á los Bárbaros para defender el Imperio. No se debe buscar la causa de este he- cho únicamente en la corrupcion y en la degradacion de los Ro- manos. La poblacion libre y la poblacion esclava iban decrecien- do, el cultivo de las tierras se veía abandonado; para reclutar las legiones era necesario repoblar los campos. Al mismo tiempo que los emperadores atraían á las tribus germánicas con el incentivo del servicio militar, distribuían en las tierras abandonadas los cautivos que recogían en sus escasas victorias. A diferencia de los *letes*, los *colonos* perdían parte de su libertad; quedaban unidos al suelo que cultivaban, no podían enajenarlo ni abandonarlo volun- tariamente. Ya en la segunda mitad del siglo II Marco Aurelio trasportó á los Marcomanos á diversos puntos del Imperio, y principalmente á las comarcas desiertas de la Italia. El empera- dor Claudio, llamado el Gótico, pobló las provincias con agricul- tores de origen bárbaro; los Romanos sintieron orgullo al ver su suelo cultivado por labradores, cuya servidumbre recordaba el triun- fo de las legiones (1); no sospechaban que lo que hacían era ins- talar en el Imperio á sus futuros destructores. Aureliano trasladó á Moesia á los antiguos habitantes de la Dacia. Probo escribió al Senado: «Los Bárbaros trabajan ahora para nosotros, siembran para nosotros.... Los bueyes de los Germanos sirven para cultivar las tierras de los Galos; sus rebaños pacen para alimento nuestro;

(1) TREBELL POLL., *Vita Claudii*, c. 8: «*Nec ulla fuit regio quæ Gothum ser- vum triumphali quodam servitio non haberet.*»

sus yeguas dan caballos para nuestra caballería; nuestros graneros están llenos de trigo de los Bárbaros» (1).

Sin embargo, la despoblacion aumentaba con la decadencia del Imperio. Las necesidades del fisco habian aumentado con los peligros del Estado; las provincias tuvieron que pagar en su miseria doble contribucion que aquella que no habian podido soportar en la opulencia; los agricultores abandonaban los campos. Tal era la situacion del Imperio en tiempo de Diocleciano. El emperador aumentó el mal, creando una corte á imitacion de la de Oriente; pero trató tambien de remediarlo, poblando los campos con labradores bárbaros. Empleó en esta obra todo el rigor que le caracteriza; si hemos de creer á los panegiristas, los desiertos se cambiaron en campiñas florecientes. Los colegas que Diocleciano admitió para la administracion del inmenso Imperio, secundaron sus designios; Maximino estableció á los Francos en las tierras aún sin roturar de los Nervianos y de Tréveris; las victorias de Constancio Cloro obligaron á los Chamavos, á los Frisones y á otros pueblos bárbaros á labrar para los Romanos el suelo que habian esterilizado con sus devastaciones. Las grandes ciudades galas fueron las que principalmente sacaron ventaja de estas traslaciones.

N.º 4. — *Los Bárbaros dueños del Imperio.*

Es tal la decadencia del Imperio, que los mejores emperadores, Marco Aurelio, Diocleciano, Constantino, se ven precisados á entregar las provincias á los futuros señores de Roma. El mundo antiguo aniquilado va á buscar en los bosques de la Germania brazos que le alimenten y armas que le defiendan: el Imperio no tiene ya de romano más que el nombre y las formas; los Bárbaros constituyen toda su fuerza. Los Godos dieron 40.000 hombres á Constantino; con los Bárbaros venció á Licinio el primer emperador cristiano en los campos de Andrinópolis y de Calcedonia, en donde sucumbieron los últimos defensores del paganismo. De manera que los Bárbaros decidieron la victoria del Evangelio. Los dos

(1) VOPISC., *Aurel.*, c. 39; *Prob.* 15.

elementos de la civilizacion moderna son dueños del Imperio; no falta más que destruir los últimos restos de la antigüedad. Juliano intentó en vano restaurar el helenismo; él mismo se vió precisado á reclutar legiones entre los Germanos; donde está la fuerza moral debe estar el imperio. La sociedad greco-romana se debilita y muere; los emperadores, conociendo que ya no les ofrece ningun apoyo, se echan en brazos de los Bárbaros. Graciano sentia tanta inclinacion hácia los Bárbaros como abnegacion por el cristianismo; no ocultaba el desprecio que le inspiraban los Romanos, y abandonó la toga juntamente con el traje pontifical: esto era como repudiar á la antigüedad en sus elementos esenciales, la ciudad y la religion. ¡Vengan, pues, los hombres del Norte! El mundo está dispuesto para recibirlos.

El año 376 la fama hizo saber á Valente que un movimiento inmenso agitaba el Norte; que las poblaciones bárbaras, empujadas fuera de su territorio por pueblos desconocidos, cubrian con sus turbas vagabundas toda la orilla del Danubio. Una embajada de los Godos confirmó aquellos rumores; arrojados de sus vastos Estados por los Hunnos, raza salvaje de un empuje irresistible, imploraban la clemencia del emperador, suplicándole que les dejase cultivar los desiertos de la Tracia; prometian abrazar el cristianismo y defender las fronteras del Imperio como auxiliares. A esta noticia, los cortesanos de Valente celebraron la dicha del príncipe á quien la fortuna traia guerreros invencibles desde las extremidades de la tierra. Despacháronse agentes encargados de trasportar á aquellos temibles huéspedes; túvose gran cuidado de que ninguno de los futuros destructores del Imperio, aún cuando estuviera mortalmente enfermo, quedase al otro lado del rio. «¡Y toda esta faena, exclama Ammiano Marcelino, todo este trabajo habia de dar por resultado la ruina del mundo romano!» Los comisionados nombrados al efecto, trataron de contar los Bárbaros al pasar de una orilla á otra del Danubio; pero tuvieron que renunciar á su intento; más fácil hubiera sido, dice Ammiano, contar los granos de arena que el viento del mediodía levanta en las costas de África (1).

(1) AMMIAN, MARCELLIN., XXXI, 4.
TOMO V.

La traslación de los Godos dió principio á la invasion de los pueblos del Norte. Bien pronto amenazaron á Constantinopla. Teodosio restableció en apariencia la majestad del Imperio, pero en realidad el imperio pertenecía á los Bárbaros; formaban casi exclusivamente los ejércitos de los emperadores y de los que usurpaban la púrpura. El mundo romano era como una vasta arena en la cual acampaban y luchaban los Bárbaros. Sus jefes gobernaban el Estado. Hacía mucho tiempo que los Bárbaros habian invadido las más elevadas dignidades; se habia visto á un Godo en el trono; ¿por qué, pues, se habia de negar el consulado y el mando de las legiones á aquellos que daban Césares á los degenerados descendientes de los vencedores del mundo? Al leer los nombres de los generales romanos en tiempo de Aureliano, *Hartmundo*, *Haldegasto*, *Hildemundo*, *Kariovisco*, cree uno encontrarse en los bosques de la Germania. Galieno admitió á su servicio al jefe de los Hérulos, *Naulobato*, y lo hizo cónsul. Constancio Cloro tenía por compañero de armas al rey de los Alamanes, *Eroch*. En el siglo IV no es posible contar los Germanos que desempeñan cargos en la corte ó en el ejército. Algunos visten la púrpura, como *Silvano* y *Magnencio*; otros más prudentes, como *Ricimero* y *Arbogasto*, la arrojan sobre los hombros de un Romano cualquiera y reinan en su nombre. El vándalo *Estilicon*, pariente y tutor de Honorio, gobernó el Occidente durante catorce años; Bárbaro de génio, capaz de defender el Imperio contra los Bárbaros, sucumbió á las intrigas de una corte decrépita. El último dique se ha roto; Alarico toma á Roma (1).

Un historiador antiguo acusa á los emperadores de haber precipitado la ruina del Imperio, llenando de Bárbaros las legiones (2). Los escritores modernos ven en aquella funesta política una de las grandes causas de la decadencia de Roma: «Organizar cuerpos de Bárbaros y hacerlos servir en el ejército romano, era enseñarles, lo que habia hecho á los Romanos señores del mundo, la disciplina militar y el arte de la guerra. Llamar á los Bárbaros á un país mejor que el suyo, era inspirarles el deseo de ocupar-

(1) OZANAM, *Los Germanos antes del Cristianismo*, p. 320.—GIBBON, c. 27, 28.
(2) ZOZIMO dirige esta censura á Teodosio (IV, 30).

lo» (1). Al criticar de esta manera á los más grandes príncipes de la Roma pagana y cristiana, no se tiene presente que formaron las legiones de Bárbaros por necesidad y no por sistema; era imposible reclutar las legiones en el Imperio. Teodosio, acusado por Zozimo, es elogiado por un panegirista por haber llenado de guerreros escitas las ciudades de la Panonia, desiertas hacía tiempo. Las provincias, lo mismo que la Italia, estaban arruinadas, despobladas por las usurpaciones de los grandes propietarios y por el despotismo de los emperadores. La clase media, los cultivadores libres, habian desaparecido; los que quedaban estaban tan envilecidos que un orador cristiano los llama mujeres. Solamente los Bárbaros eran hombres (2); sin ellos el mundo romano hubiera muerto aniquilado.

Los Bárbaros eran señores del Imperio ántes de la invasion que cubrió á la Europa de ruinas y de sangre. Al contemplar los males de la conquista, ocurre preguntar con ansiedad: ¿Por qué la Providencia ha entregado el mundo á los horrores de una devastacion secular? ¿No hubieran podido los Bárbaros regenerar la sociedad romana por medio de la fusion pacífica de las razas? No, porque mientras existiera la antigüedad, los Germanos no podian mezclarse con los Romanos. En medio de su decrepitud y de su miseria, el pueblo rey no habia renunciado á su orgullo; los emperadores prohibieron, bajo pena de muerte, el matrimonio con los Bárbaros. No sospechaban que impidiendo la renovacion de la sociedad mediante la infusion de una sangre extranjera, la condenaban á muerte. Pero, léjos de deplorar la ceguedad de los emperadores, debemos felicitarnos por ello; contribuyó á salvar el porvenir de la humanidad. Una fusion pacífica no hubiera regenerado la sociedad; los Bárbaros se hubieran corrompido al contacto del materialismo antiguo, se hubieran degradado bajo la influencia deletérea del despotismo imperial. Para devolver la vida al mundo romano han sido necesarias la invasion y la destruccion.

(1) DUBOS, *Historia de la monarquía francesa*, t. I, p. 135 y sigs.

(2) SYNESIO, *de Regno*.

§ III. — La invasión.

N.º 1. — Carácter de la invasión.

Los tristes tiempos de la invasión no han tenido historiadores; los hombres sucumbían bajo el peso de sus desgracias y no pensaban en referirlas á una posteridad que no esperaban; les parecía que la ruina de Roma anunciaba el fin del mundo. Apenas quedan algunas crónicas, en las que se encuentran consignados, año por año, los acontecimientos. Nada más espantoso que aquella seca enumeración de calamidades que se reproducen con una terrible regularidad; es como el fúnebre y monótono sonido de la campaña que anuncia la muerte. Cada año hay muertes, devastaciones, pestes, hambres; el suelo está sembrado de ruinas, empapado en sangre: «La sangre brota del suelo, dice el obispo Idacio, y corre durante días enteros» (1).

Las escenas de devastación y de carnicería que abren la era moderna asustan aún al cabo de quince siglos. ¿Hay una razón providencial para esta sangre y estas ruinas? Uno de los grandes genios que honran á la humanidad ha tomado á su cargo la defensa de la Providencia: Schiller sostiene atrevidamente que la invasión debía ser destructora para realizar su misión. ¿Para qué han venido los Bárbaros? Para regenerar un mundo corrompido, envilecido, que se moría por sus propios vicios. Supongamos un conquistador humano, un Alejandro, que hubiera respetado las costumbres y las instituciones de los pueblos y tratado de fusionar á los Germanos y á los Romanos en una misma nación; ¿qué hubiera sucedido? El contagio hubiera alcanzado aún á aquellos cuya sangre pura debía regenerar á la humanidad: en lugar de contenerse, la decadencia hubiera arrastrado á los vencedores con los vencidos; hubiera habido decrepitud y muerte sin regeneración. Los Bárbaros siembran la muerte y las ruinas, las ciudades

(1) IDACIUS, *Chronica*. (Mazima Bibliotheca Patrum, t. VII).

se desploman, los monumentos de las artes perecen, las tinieblas cubren la Europa; pero esta muerte aparente es una palingenesia; una civilización más bella que la de la antigüedad va á nacer de las cenizas de la sociedad romana (1).

¿Hay fatalismo en esta justificación de la Providencia? Ya hemos contestado á esta objeción. La invasión pacífica precedió á la conquista y fué impotente para devolver la vida al Imperio. A los males que abrumaban al mundo romano añadió uno nuevo: el fisco y los Bárbaros se unieron para arruinar las provincias. Y la decadencia continuaba y la muerte avanzaba. Los Bárbaros abreviaron la agonía; son el hierro que cura la llaga, la tempestad que purifica el aire y fertiliza el suelo. Deploremos las desgracias individuales inseparables de la conquista, pero felicitémonos por el fin de una sociedad que tenía que morir.

Sin embargo, aquella muerte no es más que una figura: la sociedad romana no ha sido exterminada. Se exageran los males de la invasión: «Los Bárbaros, dice San Jerónimo, no dejaron á su paso más que el cielo y la tierra; después de la destrucción de las ciudades y de los hombres, el suelo se cubrió de zarzas y de bosques; los animales, los peces, hasta los mismos pájaros perecieron. Así se realizó la desolación universal anunciada por el profeta» (2). Comprendemos el terror que se apoderó de los Romanos al ver á los terribles hombres del Norte; su espanto se ha transmitido á través de los siglos. Para pintar la invasión, los historiadores buscan los términos que representan los más violentos trastornos de la naturaleza: *un temblor de tierra, una inundación, un incendio*. La invasión no ha sido tan devastadora como se la supone; las conquistas de los Bárbaros fueron más bien una ocupación que una guerra. No encontraron resistencia más que al principio, cuando el Imperio estaba aún en toda su fuerza; en el siglo V Roma se retira sucesivamente de las diversas provincias, las legiones desaparecen y las naciones no dan ya más señales de vida que si no existieran. «Los Alanos, dice Orosio, los Suevos y los Vándalos atravesaron el Rhin, invadieron las Galias y lle-

(1) SCHILLER, *über Voelkerwanderung*.(2) HIERONYMUS, *In Jeremiam*, I, 4 (*Op.*, t. III, p. 550).